

Arquitectura indígena para un museo invisible

Durante varios días, bajo el sol y el frío, Antonio y Rafael, dos mamos de la comunidad indígena Wiwa, recorrieron sin parar los empinados caminos de la Sierra Nevada.

Buscaban en la naturaleza los materiales para construir las bases del Museo Nacional de la Memoria en Bogotá. Entre el mar y la nieve, recogieron cuarzos, frailejones, piedras de tierra y agua, y concentraron todo el pensamiento en la misión que se habían puesto.

Rafael, de cara angulosa y dura, y Antonio, de pelo liso hasta la cintura, viajaron de La Guajira a Bogotá acompañados de otros tres wiwa: David, José y Yeismith. Los cinco se vistieron totalmente de blanco, llevan sombreros distintos y cada uno carga dos mochilas cruzadas, una de fique y otra de algodón. Los dos mamos, que conocen, curan, interpretan y dirigen todos los asuntos de su comunidad, se mantienen callados mientras los demás explican de qué se trata su visita.

“Venimos a hacer el saneamiento espiritual del lugar donde se va a construir el Museo Nacional de la Memoria. Cada cosa que se hace en el mundo físico —dice David, el mayor de los tres que acompañan a los mamos, un indígena menudo con un pequeño bigote— se debe hacer también en el mundo espiritual”. El saneamiento del territorio, explicó, tendría dos etapas: una en Monserrate, el gran cerro bogotano, donde le pedirían permiso a la madre y al padre naturaleza, y otra en el predio en el que se construirá el museo, donde sentarían las bases espirituales de la obra.

A Monserrate subieron un jueves en la mañana. No era la primera vez que iban al cerro, que para ellos es sagrado más por una conexión con la naturaleza que por la connotación católica. Cuando subían en el funicular, ante la amenaza de un aguacero, el más joven de la delegación, pensando en la sequía de sus territorios, exclamó con tristeza: “si llueve deberíamos recoger el agua y nos la llevamos de vuelta”. Mientras tanto, los otros cuatro miraban hipnotizados cómo la ciudad crecía ante sus ojos.

De ocho a once de la mañana, los cinco wiwa se ubicaron en un lugar aislado del cerro: un pastal enrejado donde no llegan los turistas. Mascaban coca, chupaban cal extraída de la concha de nácar y frotaban sus poporos con ímpetu. Los dos mamos se alejaron del resto y pidieron a quienes los acompañaban —los indígenas y un grupo de apoyo del Centro Nacional de Memoria Histórica— que se concentraran y pensarán en tres cosas: primero, en todo lo negativo, porque cuando algo se piensa se entrega; segundo, en los

frutos de su tierra que quisieran ofrecer, y tercero, en sus deseos y cómo esperaban que se cumplieran. Esas son las premisas del saneamiento para su comunidad.

Todos los del grupo, excepto los mamos, se dispersaron y, con la cabeza gacha, se concentraron en lo que les habían pedido. Mientras tanto, Rafael y Antonio sacaron de sus mochilas hojas secas de frailejón, las alinearon en el suelo y les prendieron fuego con un encendedor. Recorrieron lentamente el pequeño terreno, recogieron las hojas y las agitaron en el aire, como danzando, hasta que dispersaron una humareda gruesa sobre el terreno. Luego se detuvieron, miraron hacia el cerro de Guadalupe y empezaron a cantar en damana, su lengua nativa. Uno de los tres acompañantes, apenas los mamos terminaron de cantar, explicó lo que pasaba: “hay que pedirle permiso a Serankua, nuestro dios, para poder hacer el saneamiento del terreno el sábado. Por eso estamos ofreciendo cosas a cambio, así sea de pensamiento”.

La idea de que los wiwa construyeran el cimiento espiritual del Museo Nacional de la Memoria surgió en un almuerzo hace meses. Ese día, Yeismith, psicólogo de la Universidad Nacional y secretario general de los wiwa, les comentó a algunos miembros del Centro de Memoria una idea que le rondaba la cabeza: si en Bogotá se iba a construir un museo que conmemorara a las víctimas de la guerra, entre las que estaba su comunidad, un requisito para ellos sería que ese espacio se saneara espiritualmente. La idea, para sorpresa de Yeismith, que había lanzado la propuesta al aire sin mucha esperanza, se concretó más fácil de lo presupuestado.

Cuando la Ley de Víctimas, expedida en 2011, ordenó la creación de un museo para la memoria, el primer reto que apareció fue que, como debía construirse en Bogotá, se hiciera todo lo posible para que las regiones que más han sufrido el conflicto formaran parte de la discusión. Los wiwa son una de las comunidades que acogió esta idea y, de la mano del Centro de Memoria, llevan tres años planeando un lugar de memoria propio en su territorio. La idea, explica Yeismith, es que sea ante todo un centro de pensamiento afín a los pilares de su cosmovisión. Allá en la Sierra, el museo tendrá más espíritu que paredes.

Para los wiwa lo más sagrado es la tierra. Durante su visita a Bogotá, constantemente hicieron énfasis en que, aunque como individuos han sufrido la guerra, lo que más les duele es el daño que le hace la guerra al territorio. Desde la bonanza marimbera, en los setenta, hasta la violencia entre guerrilleros, paramilitares y soldados, a partir de los

noventa, las comunidades indígenas de la Sierra —kogui, arhuacos, wiwa, kankuamos y wayuu— han sufrido, según la Fiscalía, más de mil actos de violencia contra sus miembros y sus territorios.

“Nosotros tenemos sitios sagrados en todas partes —explica David—, no podemos decir cuál nos dolió más porque todos son importantes. Cuando tiraban granadas, cuando disparaban sobre nosotros, afectaban nuestra tierra. Eso daña nuestra estabilidad y creemos que todo ese territorio hay que sanearlo”. Los frentes 19 y 37 de las Farc, el bloque Resistencia Wayuu del ELN y el bloque Norte de las Autodefensas los azotaron sin parar. La resistencia, sin embargo, ha sido siempre la gran virtud indígena: aunque para ellos los daños al territorio son irreversibles, se han quedado allí para intentar curar el equilibrio roto.

Serankua, dijeron los mamos que caminaban Monserrate, les concedió el permiso para sanear el lugar donde se construirá el museo en Bogotá. La actividad hace parte de una ruta de saneamiento planteada por los wiwa, que incluye lugares en su territorio y llega hasta la capital. Esa ruta, explicaron, no quedará completa en la primera venida. Uno de los pasos del ritual wiwa de saneamiento es enterrar en el predio del Museo los materiales recogidos en la Sierra. Pero, como aún no ha empezado la construcción en el lote, enterrarlos sería perderlos cuando remuevan la tierra.

A las cinco de la mañana del sábado 9 de abril, el mismo día que por ley se conmemora a las víctimas del país, llegó un bus repleto a la calle 26 con avenida Las Américas. En él iban los wiwa, pero no estaban solos. También llegaron, para acompañarlos en el saneamiento, dos comunidades más, provenientes de otros dos extremos del mapa: cantoras de alabaos de Pogue, choconas, e indígenas de La Chorrera, amazónicos. Las tres delegaciones se reunieron y concentraron sus fuerzas para dar vida a un museo que todavía no existe.

La ceremonia de los wiwa en el predio, como la de Monserrate, fue sencilla. Nuevamente, pidieron a quienes los acompañaban que entregaran todos sus pensamientos negativos. Rafael, el mamo de cara dura, ordenó en el piso las piedras y los cuarzos que había recogido días atrás. Sobre piedras más grandes, puso pedazos de frailejón, les prendió fuego y volvió a hacer un canto en damana. Antonio hizo lo mismo. Ambos, con la mirada serena, frotaron las dos partes del poporo. El azul del cielo se aclaraba a cada segundo.

Frente a la mirada de las alabaoras, los otros indígenas y los acompañantes del Centro Nacional de Memoria Histórica, los dos mamos wiwa trazaron un cerco con sus pasos. Con las manos, al tiempo, hacían como si moldearan una pared. Durante un par de minutos repitieron el mismo camino. Desde afuera, se veía como si construyeran una maloca invisible. De eso se trataba: ese día, cuando apenas despuntaba la mañana en Bogotá, Rafael y Antonio habían construido el Museo Nacional de la Memoria. O al menos su espíritu.

José Gregorio, el wiwa encargado de los asuntos de derechos humanos, había dicho hacía un par de días, en Monserrate, que a su comunidad no le gustaba la palabra museo. “Se debería llamar de otra forma —dijo—, a nosotros los museos no nos dan buena espina”. Hace años, recordó, le tocó ver cómo un anciano indígena se desmayó al ver objetos sagrados de su cultura tras una vitrina del Museo Nacional. Martha Nubia Bello, la cabeza del proyecto del Museo de la Memoria, negó que algo así pueda pasar: “buscamos construir la memoria con las comunidades, con los indígenas y los afro, y que se sientan reconocidos, comprometidos, integrados a lo que va a pasar”.

Iban a ser las siete de la mañana y, mientras los dos mamos les amarraban manillas a los asistentes y les compartían la palabra de Serankua, las alabaoras tuvieron su turno para cantarles a las víctimas de Chocó. Quizás a las de todo el país. Eran casi veinte mujeres, jóvenes y ancianas, cubriéndose del frío y declamándole versos a la Virgen y a la guerra. Sus cantos se mezclaban con los primeros ruidos del tráfico de la capital, que a esa hora empezaba a rugir con fuerza. Las mujeres le pusieron melodía a un padrenuestro que varios asistentes acompañaron. Cuando acabó su turno, hicieron fila para recibir las manillas que estaban ofreciendo los mamos.

Al final, los wiwa invitaron a que todos los asistentes bajaran las cámaras, los celulares, las grabadoras, y se tomaran de las manos en un círculo gigante. El pensamiento de más de setenta personas unidas alrededor de la memoria puso la penúltima piedra de la construcción espiritual del museo. La última la pondrán los wiwa en 2018, cuando, si todo sale como está planeado, se termine la obra de concreto y puedan volver a Bogotá para enterrar los materiales que tuvieron que dejar por fuera ese día.

